

LAS CATÁSTROFES NATURALES EN LA ANTIGÜEDAD I (INUNDACIONES, ERUPCIONES VOLCÁNICAS E INCENDIOS)¹

Germán Santana Henríquez
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

Naciones Unidas clasifica los desastres en dos clases: naturales y tecnológicos. En este trabajo abordamos tres ejemplos en la literatura grecolatina antigua (una inundación en Homero, una erupción volcánica en Plinio y un incendio en Plutarco).

PALABRAS CLAVE: Desastres. Antigüedad. Inundación. Volcán. Incendio.

ABSTRACT

The United Nations classifies disasters in two types: natural disasters and technological disasters. Three examples from Ancient Greco-Latin Literature are considered in this paper (a flood in Homer, a volcanism eruption in Plinio and a fire in Plutarch).

KEY WORDS: Disasters. Ancient world. Flood. Volcano. Fire.

Desde un punto de vista etimológico, el término griego καταστροφή indica la ruina, destrucción, desenlace o fin, pero también es un símbolo general de un cambio por mutación en un proceso, frecuente signo del inicio de una transformación psíquica (Cirlot, 1969 y Pérez-Rioja, 2003). El carácter de la catástrofe, el efecto dominante en la misma (huracán, aire; incendio, fuego; diluvio o inundación, agua; terremoto, tierra) matiza secundariamente el símbolo. La modificación que la catástrofe produce en el agente que la padece tiene, naturalmente, una importancia esencial para discernir el carácter positivo o negativo del cambio. La voz ἑκατόμβη se refiere al sacrificio de cien bueyes y se usaba en general para indicar un sacrificio grande o solemne; constituía un desastre la muerte de cien cabezas de ganado para un pueblo eminentemente agrícola y ganadero, por lo que la palabra hecatombe vino a significar cataclismo (κατακλυσμός), vocablo que da a entender una inundación o un diluvio, en los que también se perderían muchos animales. La entrada *riesgo*, de *resgar*, «cortar», parte del latín *resicare*, e indica la contingencia o proximidad de un daño.

La literatura griega, como iniciadora de la cultura occidental, se abre con una obra perteneciente a un tal Homero, un poeta aedo que canta unos acontecimientos transmitidos durante siglos por vía oral. Siguiendo el ritmo del hexámetro dactílico, evoca un suceso que conmocionó la civilización antigua: la guerra de





Troya, un desastre tecnológico si seguimos el criterio establecido por Naciones Unidas. Ilión y Troya, dos nombres que en la *Iliada* rememoran una misma ciudad (la actual ciudad turca de Hissarlik), inauguran el género épico en poesía, es decir, los cantos de las hazañas de valerosos héroes que combatieron en singular batalla. La expresión κλέα ἀνδρῶν remite precisamente a la gloria de unos hombres que pasaron a la posteridad por sus portentosas dotes bélicas. Todos los pueblos sienten la necesidad de autoafirmarse engrandeciendo su pasado legendario mediante acontecimientos asombrosos donde ponen de relieve su fuerza, valentía, sacrificio y voluntariedad. Estas «virtudes» los hacen grandes y respetados. No hay literatura que no posea su canto épico nacional por excelencia. Si España se manifiesta con el *Mío Cid*, obra anónima que refiere las andanzas de Rodrigo Díaz de Bivar (siglos XII-XIII), Francia descansa en los poderosos brazos de *La Chanson de Roland*, mientras que lo que hoy se denomina Reino Unido ensalza las acciones más polémicas en su *Beowulf*. Alemania igualmente desata su chovinismo en *Los nibelungos*, mientras que países más distantes como Cuba y Brasil dejarán en manos canarias sus himnos épicos por antonomasia, el primero con el grancanario Silvestre de Balboa y su *Espejo de Paciencia* (1608), y el segundo con el calificado como apóstol del Brasil, el tinerfeño José de Anchieta y su *De gestis Mendis de Saa*, obra escrita en latín y que se recita actualmente en los primeros años de escolarización en el país de la samba. Aunque señalamos una de estas composiciones como canónica, la literatura española cuenta con cientos de obras épicas desde el siglo XIII en adelante (baste citar las de tema americano como *La Araucana* de Ercilla o *La Argentina* de Centenera, etc., hasta la *Atlántida* de Jacinto Verdaguer en 1877).

La guerra se produce, según Homero, por el rapto de Helena, a la sazón, mujer de Menelao, soberano griego, por parte de Paris, príncipe troyano. Este hecho provoca un enfrentamiento entre una coalición griega comandada por Agamenón y la defensa de la ciudad por parte de Príamo, rey de Troya. Combatientes de la talla de Aquiles, por el bando griego, y Héctor, príncipe de Troya, conforman un escenario de muerte y destrucción que comienza a relatarse en el año décimo de la contienda. La historia y la arqueología confirmaron este escenario bélico por el control marítimo del Helesponto, muy cerca de las costas de Troya. El sensacional descubrimiento de Winckler en 1906 de las tablillas y archivos del imperio hitita y su posterior desciframiento por el checo Hrozny desenterraron y sacaron a la luz los secretos de este misterioso pueblo, que, asentado en la península de Anatolia, se enfrentó con Grecia sobre el 1250 a.C. Fue el emperador Tutaliya IV quien sucumbió ante el ataque heleno, siendo *Truisa* y *Wilusiya*, los nombres hetitas de Troya e Ilión, devastadas por las hordas griegas. Los poemas homéricos se corresponderían con la Troya VIIa, una de las ocho que encontró H. Schliemann cuando excavó la ciudad a finales del siglo XIX, siguiendo fielmente la lectura de la *Iliada*. En el canto 21.131 y ss., encontramos un curioso fenómee-

¹ Este trabajo se desarrolla dentro del proyecto de investigación *El humanismo español del siglo XVI y Canarias en la época del humanismo*, BFF2003-06547-C03-03.

no meteorológico (Segalá y Estalella, 1982). El río de la llanura de Troya, el Escamandro, aparece como un dios, hijo de Zeus, denominado también con el apelativo de Janto (El Rojo). Este epíteto se referiría al color de sus aguas por la matanza de guerreros que caen en su cauce. Desempeña un papel en el combate de Aquiles contra los troyanos. Indignado de recibir tantos cadáveres y tanta sangre en su cauce, el Escamandro pretende oponer una barrera al héroe. Se desborda, amenaza con ahogarlo, hasta el momento en que Hefesto obliga al río a volver a su lecho y permanecer neutral. Este embate violento de las aguas de un río provoca una inundación de daños considerables. Este primer registro en la obra más temprana de la literatura griega constata que las inundaciones son las catástrofes naturales más frecuentes, originadas generalmente por lluvias torrenciales o por deshielos cuyas consecuencias son visibles porque perturban la economía de las regiones, sobre todo si son agrícolas, debido a que al retirarse, el agua arrastra la capa fértil del suelo y además contamina dichos suelos, y las capas freáticas provocan riesgo de epidemias. Igualmente, al generar aluviones de barro, arrasan lo que encuentran a su paso.

La erupción volcánica del Vesubio a finales de agosto del año 79 produjo la muerte súbita de Pompeya, una de las grandes maravillas arqueológicas que aún se conservan en estado espléndido. Al volcán debemos que se hayan conservado hasta el día de hoy sus casas, sus tiendas, sus calles, hasta sus cuerpos calcinados reconstruidos a partir de un molde de yeso. Las toneladas de ceniza y lava que se depositaron sobre la ciudad permitieron que de una forma natural se conservase todo exactamente igual a como se dejó el día de la erupción. Cuando los arqueólogos empezaron a desenterrar las ruinas se encontraron con edificaciones que conservaban las pinturas originales, frescos y mosaicos de casas y templos, de modo que gran parte de la información que hoy se tiene sobre el estilo de vida romano de mediados del siglo I d.C., se debe a la erupción de un volcán que aún hoy, aunque dormido, registra actividad sísmica.

Mientras hombres, mujeres y niños dormían, el interior de la montaña estaba fraguando una destrucción de grandes proporciones y sobre su ladera corrieron toneladas de lava, roca y cenizas que de manera imprevisible cubrió por completo las ciudades de Pompeya y Herculano; no muchos lograron escapar de la desgracia subiendo a los barcos atracados en puerto; el resto quedó sepultado o murió de asfixia debido a los gases tóxicos (azufre) que el volcán emitió en un radio aproximado de 20 kms. a la redonda. Pompeya, habitada por unas 20.000 personas, quedó reducida a cenizas; hoy día pueden verse los moldes que los arqueólogos han hecho de los cuerpos petrificados de los fallecidos, así como de animales, que nos trasladan de manera muy gráfica a la agonía que sufrió la población. Pompeya es hoy una ciudad fantasmagórica de una belleza sin parangón, donde los frescos, las entradas a las villas o el foro representan lo que fue, una ciudad de ricos aristócratas que perecieron bajo el efecto devastador del volcán. El barón Edward Lytton, escritor y político británico, quien visitó el sitio de las excavaciones, escribió la conocida novela histórica *Los últimos días de Pompeya*, basada en aquel trágico acontecimiento. En 1944, la actividad de este volcán fue espectacular y devastadora, hasta tal punto que las imágenes de esta erupción se utilizaron en la película *La*



guerra de los mundos (1953). El Vesubio fue utilizado por Susan Sontag en su novela *El amante del volcán* en 1992.

Sabemos que un volcán no se desata de inmediato. Al trágico acontecimiento precedieron unos días un tanto moviditos. El 20 de agosto del año 79, cuando la paz de los campos y las ciudades que rodeaban al Vesubio fue perturbada por unos temblores que causaron alarma, pues los habitantes aún recordaban el nefasto terremoto del año 62, que provocó el que todas las construcciones del momento se debilitasen: el sistema de agua no funcionaba al cien por cien y la ciudad caía en una de estas embestidas, en una zona siempre sometida a movimientos sísmicos que no causaron demasiado impacto. Por eso, todos los habitantes volvieron a sus casas y comenzaron a reparar los daños que habían causado estos temblores. Pero la mañana del día 24 fue distinta a las demás: los pájaros no cantaban en las huertas, los perros ladraban y aullaban sin motivo, los caballos y el ganado se mostraban inquietos. De pronto, un sonido horroroso, como un trueno multiplicado miles de veces, se dejó oír desde lo alto del Vesubio. Se elevaron columnas de fuego, y una lluvia de ceniza volcánica y piedras de todos los tamaños comenzó a caer sobre la ciudad; se oscureció por la nube de cenizas y polvo, y entre las personas cundía el pánico. Cuando los alrededores comenzaron a inundarse de lava hirviente, los pompeyanos empezaron a correr a sus casas para intentar huir con sus pertenencias más valiosas. Tratando de salvar sus posesiones, con la esperanza de que la catástrofe no destruyera la ciudad, miles de personas quedaron atrapadas en sus casas y murieron asfixiadas, o simplemente enterradas vivas.

La montaña del Vesubio, que ahora tiene unos 1.200 metros, preside una zona propicia para el goce de la vida, en el entorno del golfo de Nápoles, con unas tierras bajas favorables para los cultivos mediterráneos, con olivos, higueras y otros frutales; cerca de los Apeninos, excelentes en bosques, en cuyas laderas también había abundancia de cipreses y castaños.

Conocemos aquella tragedia por sendas cartas de Plinio el Joven (Vidman, 1972 y Muñoz Martín, 1985) a Tácito, en las que relata los acontecimientos de aquellos días en la costa sudoeste de la península itálica, catástrofe en la que falleció Plinio el Viejo, tío y padre adoptivo suyo, procurador de la Hispania Citerior, culto, moralista, estricto y ecléctico, que dejó numerosas obras hoy perdidas, salvo su *Historia Natural*.

Según el relato, el 24 de agosto fue un día caluroso. Cayo Plinio el Joven, de 18 años, se hallaba con su madre y su tío en una villa de la ciudad de Miseno, en la bahía de Nápoles, a unos treinta kilómetros del Vesubio. Entonces, el monte entró en erupción. Plinio el Viejo, a la sazón jefe de la flota imperial allí atracada, murió mientras intentaba salvar a quienes se hallaban en peligro por las inmediaciones del volcán. Se dio cuenta de la catástrofe y decidió cruzar la bahía con algunos barcos en misión de rescate. No pudo desembarcar en ningún lugar cercano a la montaña a causa del calor y de la lluvia de cenizas y piedras. Por ello se dirigió a un punto situado a cinco kilómetros de Pompeya, Estadía, donde se refugió en casa de un amigo. Desde allí podían ver el Vesubio. Permaneció Plinio en casa del amigo y al amanecer del día siguiente intentó infructuosamente volver al barco. Murió por efecto del fuego y por un ataque de asma a los 56 años de edad.



Otro desastre de carácter bien distinto aunque de lamentable actualidad fue el incendio del templo de Ártemis en Éfeso. El texto que recoge tal incidente es muy marginal y se documenta en la *Vida de Alejandro* del historiador Plutarco (Santana Henríquez, 2001: 243-254), donde se expresa la alusión a la destrucción del templo de Ártemis Efesia, al parecer provocado por un incendio del que el historiador Hegesias de Magnesia hace burla al indicar:

Nació, pues, Alejandro en el mes hecatombeón, al que los macedonios llaman loo, en el día sexto, el mismo en el que se abrasó el templo de Ártemis Efesia, lo que dio ocasión a Hegesias de Magnesia para usar un chiste que hubiera podido por su frialdad apagar aquel incendio, porque dijo que no era extraño haberse quemado el templo estando Ártemis ocupada en asistir al nacimiento de Alejandro. Todos cuantos magos se hallaron a la sazón en Éfeso teniendo el suceso del templo por indicio de otro mal, corrían lastimándose los rostros y diciendo a voces que aquel día había producido otra gran desventura para el Asia. Acababa Filipo de tomar Potidea, cuando a un tiempo recibió tres noticias: que había vencido a los ilirios en una gran batalla por medio de Parmenión, que en los Juegos Olímpicos había vencido con caballo de montar, y que había nacido Alejandro. Estaba regocijado con ellas, como era natural, y los adivinos acrecentaron todavía más su alegría manifestándole que niño nacido entre tres victorias sería invencible (Riba, 1971).

Tradicionalmente se atribuye a las Amazonas la fundación de Éfeso, ciudad de Jonia en el Asia Menor, a orillas del mar Egeo, junto a la desembocadura del pequeño Meandro, y la construcción del gran templo de Ártemis cuya leyenda tantos puntos comunes ofrece con el género de vida asignado a aquellas guerreras y cazadoras. Esta ciudad ha sido desde siempre un centro de culto a la diosa Ártemis, llamada después Diana por los romanos, y desde muy antiguo existía un templo dedicado a la diosa. En tiempos remotos, antes de la conquista en el siglo VIII a.C. por los invasores jonios, la ciudad de Éfeso estuvo habitada por una población de raza asiática que rendía culto a una antigua diosa madre, cuyo nombre era probablemente Oupis y que de ordinario se identifica con Ártemis. En el siglo VII a.C., la ciudad sufrió el ataque de los cimerios y aunque se resistió, no se pudo evitar que el templo se incendiara y fuera destruido. Sin embargo, sabemos que a comienzos del siglo VI a.C. el rey de Lidia, Creso, ayudó a sus vecinos, los jonios de Éfeso, a construir el colosal Artemision sobre cimientos de edificios más viejos. El templo subvencionado por Creso mediante suscripción pública en el que todos los ciudadanos donaron algo de dinero fue levantado hacia el año 560 a.C., y reconstruido por Quersifrón hacia el 356 a.C., con muro de piedra arenisca y columnas de mármol. La mayoría de las fuentes hacen coincidir con el nacimiento de Alejandro Magno el incendio que destruyó el viejo Artemision de Éfeso, cuya reconstrucción fue iniciada inmediatamente sobre la planta del templo arcaico, pero sobre un basamento más alto, y con mayor esplendor decorativo. También las columnas decoradas en su parte baja, que hicieron figurar al templo entre las siete maravillas del mundo, están inspiradas en las columnas de su predecesor. Peonio de Éfeso y Demetrio, el que se titulaba esclavo de Ártemis dirigían la obra, a la que





contribuyó más tarde Deinócrates, el arquitecto de Alejandro. Los relieves de estas columnas probablemente representaban los trabajos de Heracles, las aventuras de Teseo, una procesión de orientales, acaso algunas musas y escenas de culto. En la más hermosa y mejor conservada rodean el cilindro las figuras de Alcestris, Hermes y Thánatos.

En la cuarta reconstrucción del templo a la que alude el texto en cuestión, en el 356 a.C., Éfeso se había convertido en una metrópolis comercial en la que numerosos sacerdotes, magos y peregrinos se dedicaban a la venta de amuletos, recuerdos de exvotos y demás parafernalia mística en torno al templo de Ártemis, adorada como diosa madre e identificable por la multitud de mamas que recorren su torso, aunque para algunos se trate de huevos o de vejigas de animales. Identificada con Diana como diosa de los bosques y de la fertilidad, una copia de la Ártemis de Éfeso se encontraba en el santuario del Aventino en Roma. Hacia el año 54 de nuestra era, el apóstol Pablo, acosado y perseguido por los judíos, fundó una comunidad cristiana independiente en Éfeso, desde donde difundió ampliamente su doctrina, procurando para los fieles y peregrinos que venían de todas partes del mundo y como recuerdo de los lugares sagrados, la fabricación de unas figurillas de Ártemis y de unas maquetas del templo realizadas por artesanos locales que, no obstante, se enfrentaron a la rígida posición de Pablo a la hora de tolerar que la antigua divinidad sobreviviese con distinto nombre y rebautizarla como habían hecho los conquistadores jonios con la diosa Oupis. De hecho está atestiguada a finales del siglo IV, junto a la iglesia del apóstol, la primera basílica en honor de la diosa madre de los cristianos. La función de Ártemis, manifiesta en el adjetivo *kourótraphos* «que cría a los niños», fue tomada en cierta forma por San Artemidoro, protector de la mujer en el trabajo. Precisamente, los marfiles del Artemision de Éfeso son el más claro exponente del influjo asiático en Jonia. Por tratarse de amuletos para colgar, estas figurillas carecen de peanas y están provistas de un orificio que daba paso a un cordoncillo de sujección. Los tipos más representativos son diminutas efigies de sacerdotisas y sacerdotes vestidos de ropas talaras, grandes gorros o velos y llevando al cuello collares y rosarios.

El término castellano *erostratismo* indica desde el punto de vista psicológico la tendencia o manía a cometer actos delictivos para conseguir renombre, y descansa en el nombre de Eróstrato, personaje que por afán de notoriedad incendió el templo de Éfeso. Éste es el autor, según la historia, de tal fechoría, que se silencia incomprensiblemente en el comentario de Plutarco a propósito de una de las joyas arquitectónicas de la Antigüedad. Además, resulta paradójico que un sacerdote délfico como nuestro autor no refiera la autoría de tal sacrilegio. No obstante, la propia leyenda señala que el pastor Eróstrato era un pobre diablo abrumado por el peso de su propia inanidad, tal vez el más agobiante de todos, y decidió pasar a la historia de cualquier manera, aunque fuera cubierto de infamia. Los efesios lo condenaron al silencio póstumo, es decir, prometieron que su nombre no se pronunciaría nunca más. A pesar de esta sabia decisión, que siguió al castigo del miserable, recordamos al pirómano, aunque cabe preguntarse si el desprecio que los siglos han acumulado sobre él podría complacerle. Veinte años después de este suceso, Alejandro Magno (Cerezo Magán, 1996 y Santana Henríquez, 2000-2001:

545-560) ocupó la ciudad de Éfeso y residió allí por un tiempo, y al escuchar la historia del templo de Ártemis y descubrir que había sido destruido la misma noche en la que él había nacido, ordenó la construcción de un nuevo templo que, una vez terminado, contó con un retrato del propio Alejandro pintado por Apeles (Blanco Freijeiro, 1996: 327-333). No sabemos si la enseñanza moral de Plutarco trataba de demostrar a todos los hombres que por cada Escopas hay un Eróstrato, y que las maravillas construidas por el hombre deben ser protegidas del mismo hombre. Lo cierto es que la fama del santuario le valió una pronta reconstrucción.

El enorme fuego que abrasó lo que en principio no estaba destinado a arder, el templo de Ártemis Efesia, divinidad mutante desde su origen como lo demuestran sus numerosas asimilaciones en territorio persa, sirio, lidio, griego y romano, su sacrílega identificación cristiana con la Virgen María, como la imagen de Nuestra Señora de la Gracia en la Iglesia de San Pedro Mártir en la Universidad de Nápoles, que muestra a María en el momento de extraer leche de sus pechos, símbolo de la maternidad, de la protección y del amor, y que guarda una evidente relación con el aspecto nutricional de la Gran Madre, cuya multitud de ubres prometía la crianza, la abundancia y la fertilidad, símbolos espirituales de la adquisición del conocimiento, del alimento del alma y de la confirmación de su inmortalidad, nos hace ver siquiera someramente la paradójica fortuna que corrió un santuario convertido en iglesia, basílica y hasta mezquita, y del que la jocosa y breve cita de Plutarco muestra las consecuencias del nefasto síndrome de Eróstrato.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLANCO FREIJEIRO, A. (1996): *Arte griego*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- CEREZO MAGÁN, M. (1996): *Plutarco. Virtudes y vicios de sus héroes biográficos*, Universidad de Lérída, Lérída.
- CIRLOT, J. E. (1969): *Diccionario de símbolos*, Editorial Labor, Barcelona.
- MUÑOZ MARTÍN, N. (1985): *Cartas latinas (Cicerón, Séneca y Plinio)*, Universidad de Granada, Granada.
- PÉREZ-RIOJA, M. J. (2003): *Diccionario de símbolos y mitos*, Tecnos, Madrid.
- RIBA, C. (1971): *Plutarco. Alejandro y César*, Salvat, Estella.
- SANTANA HENRÍQUEZ, G. (2000-2001): «La guerra como la historia es cosa de hombres: algunos testimonios femeninos entresacados de los fragmentos de los historiadores griegos», *Philologica Canariensia* 6-7, pp. 545-560.
- (2001): «Humor y misterio en Plutarco: el caso del incendio del templo de Ártemis Efesia», en Pérez Jiménez, A. y Casadesús Bordoy, F. (eds.): *Estudios sobre Plutarco. Misticismo y religiones místicas en la obra de Plutarco*, Ediciones Clásicas-Charta Antiqua, Madrid-Málaga, pp. 243-254.
- SEGALÁ Y ESTALELLA, L. (1982): *Homero. La Iliada*, Planeta, Barcelona.
- VIDMAN, L. (1972): *Étude sur la correspondance de Pline le Jeune avec Trajan*, L'Erma, Roma.

